

January 1971

Peculiaridades de la literatura italiana

Fernando Rivas Sacconi

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rivas Sacconi, F. (1971). Peculiaridades de la literatura italiana. *Revista de la Universidad de La Salle*, (1), 54-56.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

PECULIARIDADES DE LA LITERATURA ITALIANA

Por **Fernando Rivas Sacconi**

Italia nace literariamente adulta; en ella no se da el fecundo período de las canciones de gesta ni de los míticos cantos epopéyicos, tan propio y connatural de sus hermanos romances, pongamos por caso, la francesa y la española. Nace adulta tanto en los poetas refinados y palaciegos de la escuela siciliana y napolitana como en los anónimos rapsodas de toda la Península que obran al estro de su momentánea inspiración.

¿Qué razón será suficiente para explicar este curioso caso de superación de universales etapas en la vida literaria de los pueblos?

Y si se agrega el fenómeno de que, última en llegar a la escena creativa en cierto sentido, fue la primera en tocar la cúspide de la calidad estética, es preciso hallar una razón suficiente de ambos fenómenos, el primero de ellos que rompe los moldes tradicionales de la historia literaria de los pueblos, y el segundo, que entraña casi invencible paradoja dentro de la evolución natural de los estadios progresivos que son fruto natural de la lógica que informa toda humana faena. ¿Cómo puede explicarse entonces que, apenas nacida, ya reuna la poesía y la prosa de la península itálica todas las cualidades perfectivas que las demás literaturas solo logran con el andar de los siglos y no siempre alcanzando la cumbre en los varios géneros literarios?

Podría, de momento, adelantarse esta original interpretación: el genio no conoce límites temporales porque está más allá y por encima de toda consideración de tiempo y de cánones corrientes. Pero no hay que extremar demasiado los términos de las cosas. El genio nace con un talento específicamente superior al medio en que vive en cualquier momento de la evolución histórica de

un pueblo, en cualquier hora del vivir literario. Es incuestionable. Pero también es de estricta dialéctica cartesiana que ese talento que parte de lo más íntimo del espíritu no podrá desplegarse plena y preponderantemente mientras no halla en el ambiente nacional un nivel mínimo de consonancia que sirva a manera de materia prima y de fuente inspirativa para la creación, es decir, que ese pueblo al cual pertenece el autor genial comparta o condida el pensar y el sentir del autor. La literatura también tiene su función social por cuanto toda obra literaria no es mero monólogo o soliloquio, sino, más o menos manifiestamente, un diálogo cuyo interlocutor anónimo es el lector; en otras palabras, hay siempre un diálogo tácito e imaginario que convierte los escritos de pensadores y escritores de toda índole en testamento, en auténtico documento humano. "El poeta piensa lo que el resto de la humanidad siente" dijo luminosamente Goethe, lo que, traducido a más sencillos términos, significa que el genio poético no es en todo y por todo una categoría existencial totalmente separada de la condición humana y por lo tanto que es menester, para que su nombre quede grabado en panteón literario de su patria, debe representar, sublimándola y enaltecéndola, la verdad de su pueblo y de su momento histórico. Lo privativo del genio estriba en que no solo es manifestación del sentir del momento o del *modus vivendi* comarcano, sino del sentir de todas las edades y del vivir universal. Lo cual no obsta para que sepa extraer de lo cotidiano y de lo lugareño los substratos recónditos que, bajo el ropaje de lo actual y transitorio, son siempre nuevos, en una palabra, patrimonio común de la categoría humana como tal.

Miremos el caso italiano de cerca: la tríade de genios máximos de su literatura forma guardia en el propio umbral de su prosa y de Poesía. Dante. Petrarca. Boccacio. El genio nace en cualquier época, es de perogrullo, pero también, recalquémoslo, no puede alcanzar su plena valía sin la amplia resonancia y consonancia que deben rodear los engendros de su caletre.

Es que el pueblo peninsular, incapaz de producir una DIVINA COMEDIA, un CANZANIERE o un DECAMERON, ya era adulto, ya pulsaba la lira, no con los acentos míticos de la épica sino con la sombría melancolía, más o menos artificiosa o espontánea de la lírica. Por eso el viaje de Dante a las regiones avernales, purgatoriales y paradisiacas debió tener para el lector medioeval el fascinante atractivo de un moderno éxito de librería (los best-

sellers de la semanal graduatoria crítica y estadística de "Time"); las conversaciones picarescas de los ingeniosos florentinos que entretienen el ocio obligado durante la epidemia que se cierne sobre su patria chica y los ditirambos en loa a Laura, la inspiradora del lirismo petrarquiano, debieron satisfacer a los lectores toscanos de mil trescientos, con la misma atracción subyugante con que los hombres del siglo veinte leemos una obra de Sartre o un poema de Valery, en el mundo literario europeo, o con la intensidad afiebrada y la emotividad enconada con que los americanos (y ahora los lectores de todas las latitudes del globo) se enfrascan en CIENTOS AÑOS DE SOLEDAD, en EL SIGLO DE LAS LUCES, LA CIUDAD Y LOS PERROS o el acento hiperemotivo de un Borges, de un Neruda o de un León de Greiff.

Queda, sin embargo, la curiosa no coincidencia cronológica dentro de la vida cultural de la más directa hereditaria de las gloriosas de Roma, entre el inmediato cenit literario apenas salida de las brumas de la incipiente cultura que trajeron las sucesivas oleadas de barbarie teutónica (godos, visigodos, ostrogodos, etc., etc.) y, la muy posterior (casi dos centurias más tarde), de los más encumbrados valores de la plástica: Leonardo, Rafael, Miguel Angel y restantes artífices que dieron a Italia el cetro de la aún no superada floración renaciente.